

decir: Si son *tus* no pueden ser *mis* lecciones. Ves, ahí tienes un lindo juego de palabras. Hubiera preferido que lo hicieras tú.

—¿Y para qué querías que lo hiciera yo? Es bastante malo.

Por toda respuesta, el mosquito exhaló un profundo suspiro, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Mejor que no practiques esos juegos — dijo Alicia — si te hacen tan infeliz.

A esto sucedió otro de aquellos débiles y melancólicos suspiros, y esta vez el pobre mosquito pareció fundirse en su propio suspiro, pues cuando Alicia levantó la cabeza, nada había ya en la ramita, y como empezaba a sentir frío de estar tanto tiempo allí sentada, levantóse y empezó a caminar.

Muy pronto se encontró en un campo abierto, en cuyo extremo se vislumbraba un espeso bosque, al parecer mucho más oscuro que el anterior; y Alicia tuvo un poco de miedo de aventurarse a entrar en él. Sin embargo, y luego de nuevas reflexiones, pensó que, con toda seguridad, no podría retroceder, y además, éste era el único camino que la conduciría al octavo espacio.

—Este — pensó — debe ser el bosque en el que las cosas no tienen nombre. ¿Qué haré con el mío cuando me interne entre sus árboles? No me gusta perderlo, de ningún modo. Me pondrían otro y probablemente sería muy feo. Resultaría cómico buscar al ser que se hubiese apropiado de mi nombre verdadero. Tendríamos que poner anuncios en los diarios como cuando se pierde un perro... *Responde al nombre de «Dash»; lleva collar de latón.* Imaginémonos que a todo lo que encuentran le gritan: «¡Alicia!», hasta que *algo* responda. Aunque si fueran inteligentes nadie contestaría.

Embebida en estas consideraciones, la niña iba pro-

siguiendo su camino, y se encontró dentro del bosque, que era fresco y umbroso.

—De cualquier manera — dijo al verse bajo los árboles — es un gran consuelo, luego de sufrir tantos calores, hallarse dentro de un... de un... ¿de un qué? — prosiguió sorprendida de no dar con el nombre —. ¡Quiero decir verse bajo de... bajo de... bajo de *esto*! ¿Me entiende? — dijo poniendo un dedito sobre el tronco de un árbol —. ¿Y cómo se llama? Me parece que no tiene ningún nombre. Con toda seguridad que no lo debe tener.

Permaneció silenciosa unos minutos, muy pensativa.

—Ha sucedido, después de todo — prosiguió. — ¿Y yo quién soy? ¡Quiero recordarlo! ¡Sí, puedo! ¡Estoy decidida a hacerlo!

Pero la decisión no pudo ayudarla gran cosa, y luego de muchos esfuerzos sólo consiguió recordar:

—A, sé que empieza con A.

En aquel momento un cervatillo que merodeaba por allí, se aproximó a la niña y miró con sus dulces ojos a Alicia, sin demostrar mucha intranquilidad.

—¡Ven! ¡Ven! — gritaba Alicia, haciéndole señas con la mano para que se acercara a ella.

Pero el cervatillo retrocedía unos pasos a cada llamada, y se detenía otra vez, volviendo a mirar a Alicia.

—¿Cómo te llamas? — preguntóle al fin el cervatillo. ¡Y con qué voz tan dulce lo hizo!

—¡Quisiera saberlo! — pensó la pobre Alicia, y contestó con tristeza:

—¡Nada en este momento!

—Piénsalo otra vez — aconsejóle el cervatillo.

Alicia pensó, pero fué completamente en vano.

—¡Por favor! — dijo con humildad —. Dime cómo te llamas tú. Tal vez eso me ayudará un poco.